





GONZALO XIMÉNEZ DE QUESADA

EL QUIJOTE DE LA CONQUISTA DE GUATA



Ce Gómez & Gómez

GONZALO XIMÉNEZ DE QUESADA

EL QUIJOTE DE LA CONQUISTA DE GUATA



Primera edición: octubre de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Ce Gómez & Gómez

© Lámina de portada: Luis Guillermo Vallejo

ISBN: 978-84-10400-68-9

ISBN digital: 978-84-10400-69-6

Depósito legal: M-23095-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Sergio, Paula y Ricardo,  
mis ojos y oídos en lo aún por descubrir.*





Y ya podrá ser, si la ventura me concediere oportunidad o vida para ello, que también tome yo algún día a mis costas un pedazo d' este trabaxo, porque todo tomallo uno, y escribir de todas las Yndias ystoria general, como se ha hecho por algunos que escriben de cosas que no han vivido, no puede hacerse sino con muchas menguas, como lo diximos y dimos a entender en «Los ratos de Suesca», en el quarto rrato, en el capítulo primero.

Apuntamiento del puño propio de  
GONZALO XIMÉNEZ DE QUESADA



## Exordio

...cosas tan grandes, tan ynportantes y tan sustanciales, y que parece que umanamente no hay otras mayores en la tierra que poder escribir, no debiera tomarlas tan sucintamente como las tomo...

De los apuntes de don Gonzalo  
para su Antijovio

Porque no se le fuesen las naves en que debía despachar sus manuscritos, ora que en harto trecho no volvería a Castilla por retenerlo encendido la busca de El Dorado, o acaso jamás regresaría por el asma, según decía, aunque malicio que más que asfixia era un ahogo de porfía para aparejarnos con su afán, don Gonzalo puso rienda suelta a terminar sus relatos y, por ir con la prisa que llevaba, ni siquiera dio vuelta atrás para ajustar y afinar sus «Hechos de la Conquista y Noticias sobre las Cosas Naturales y Costumbres de los Muisca», apuntamientos sobre lo vivido y padecido durante el hallazgo y sometimiento de las comarcas que llamó El Nuevo Reino de Granada, relación de buen seso y harto saboreo de palabra, asentada a las volandas para el emperador don Carlos a quien tanto veneraba, aún después haberle dejado destemplado por negarle los miramientos y gollerías que creía merecer con largueza, o por lo menos en justa paga, por las añadas de sobrase en esfuerzos y trajines para engrosarle sus dominios y acrecentarle más la fama.

Tanta cerrazón y diligencia orquestó el licenciado Gonzalo Ximénez de Quesada desde este rincón escondido en un mundo apenas surgiendo dentre sueños, que le valió para allegar sus legajos hasta la antecámara real y le alcanzó para que los catasalsas del reino de Valencia le consintiesen la gracia de la luz de imprenta a sus «Ratos de Suesca», rótulo con que cabeceó la dicha crónica y algotros epítomes e informes sueltos sobre su conquista del País de las Es-

meraldas, el de los refulgores de un Dorado arrebuñado sobre el espinazo desta Tierra Adentro nunca antes hollada, acaso presentida en *El cruce las fábulas* de san Brandan y del preste Juan con las maravillas referidas por Marco Polo y el errante Mandeville; ámbito especular de tantas leyendas arcanas, encubiertas y trocadas, que aquí, a cada paso, son tropezón de los conquistadores o barremones de un orbe inexistente para los abuelos de quienes hoy peinamos barba cana.

Más cuando los actuarios de la Corte hurgaron a contrapelo en sus cuartillas y las advirtieron cundidas de sopletes sobre arterías y desgobiernos en las provincias de ultramar, manos socarronas las descarriaron por laberintos de términos e instancias, dizque para soslayar que llegasen a importunar el retiro de don Carlos, retraído ya de afanes y desconciertos terrenales en el convento de Yuste; torceduras y descaminos que, con el correr de las intrigas, se vino a saber haber sido orquestadas por un caballero Hospitalario enroscado con un cofrade de Malta, rícohombres de caletre acalorado, pródigos en untos y ultimatós para aguzar la censura de los mismos vejetes que tres décadas atrás habían farfullado la infidencia del dicho Ximénez de Quesada haber sido encaminado a las Indias en una misión encubierta para el valedor de don Gonzalo, el señor de Villagarcía don Luis Méndez de Quijada, adjunto del Consejo de Guerra y Estado, confidente de Nuestra Majestad a más de mayordomo y caballero mayor, para encajarlo de informante encubierto bajo un capote de veedor y justicia mayor, en una legación del mismo jaez de la cumplida con habilidad y discreción durante su militancia en las guerras itálicas, mediante epítomes y relaciones de cuyo contenido salieron mil sospechas, más ninguna reclamación porque nadie se atrevió a falsear los lacres del sello de tan alto señor; y, por lo mismo, tampoco el licenciado movió una ceja cuando algunos idos de lengua batieron estarse embarcado al Nuevo Mundo, no tanto por su meneo de espada y sapiencia en leyes, sino por tener hiel de hurón y disposición melindrosa, condiciones precisas para la comisión que sospechaban con fundamento, aunque no fuera cierta, como puedo afirmarlo después de don Gonzalo haberme consentido escarbar a mano larga entre sus folios y borrones, dentre los cuales, en vez, pude deducir que traía un encargo similar de los Fugger, los mayores prestamistas del emperador, por cuanto yo igual estuve ligado a una misión muy parecida con los Welser, también alemanes de Ulm y grandes acreedores de don Carlos; todo lo cual más nuestras largas conversaciones de viejos cansados de tanta zurra y julepe, me valieron para advertir su íntimo cometido, su afán de ungado, tan recóndito que casi ni él mismo percibía aunque lo tenía calado en los pliegues de sus entresijos, como un sino similar a la iluminación que aventó

a Colón por las inmensidades tenebrosas, una predestinación que solo se me vino a revelar al trasluz de la malla urdida con el trazo destes borrones.

De nada le valió su dedicatoria al empinado señor de Villagarcía, ni los agradecimientos en la «tabula gratulatoria», ni el sesudo prefacio declarando su disposición al retracto y anulación de posibles ofensas a la Iglesia romana que se le hubieren escurrido en lo tanto que caligrafió para cumplirle a su Señor, tanto como las huellas marcadas por sus huestes sobre los cientos de leguas de travesía por las selvas tórridas, por los derrocaderos y por las crestas de las cordilleras hurgadas; porque cuando por fin algo de lo suyo logró pasar por los cedazos de los revisores del actuario real, ya había muerto don Carlos. Y puestos los manuscritos en manos del nuevo soberano, el mustio Felipe II, sin leerlos les concedió la fría anuencia de ir a engrosar alguna rinconera de su enorme librería en los fondos de El Escorial.

Sabido desta asfixia por la mordaza del abandono en la oscuridad, don Gonzalo juntó, acomodó y recompuso cuanto pudo de sus notas y cuartillas sueltas, y sin epígrafes ni sonetos, ni dedicatoria alguna, las remitió a otro cortesano de gentil entendimiento, a don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, contertulio suyo de pláticas indianas en Madrid y en Valladolid, para que con aquellas relaciones sobre la sujeción de los señoríos muiscas y descubrimiento de los veneros de esmeraldas, nutriese la segunda parte de la «Historia General de las Indias» que estaba ajustando aquel anciano, allanado por entonces de alcalde en Santo Domingo, quietado de los tantos cruces por la mar en recaudo de cuanto le pudiese nutrir su tarea de cronista oficial demandada por la Corona desde cuando desembarcó con Pedrarias a la conquista del Darién, investido con el peregrino nombramiento de Escribano de Minas y de Crímenes, y comprometido en otro asunto más privado, como representante de los sustanciosos intereses del secretario real para los asuntos de Indias, el licenciado Conchillos, veedurías ambas de pródigo estipendio que, sin necesidad de tanto sudar en las guasábaras de Santa María la Antigua del Darién, le concedieron el sosiego necesario para redactar los borrones de la primera novela compuesta en este lado del orbe, el «Libro del muy Esforzado Caballero don Claribalte», martingala de trances y aprietos de febriles paladines en andanzas de cruzados y amoríos galantes, farsa entretejida para no dejar desvariar el seso durante las vigiliass en medio de interminables bochornos, cerrazones de mosquitos y perennes chubascos, viendo machacar tanto oro de los rescates y chorrear su brillo en fundizones, donde quedaba en lingotillos y tostones que desaparecían por arte de los demonios; ficción que, no obstante lograr imprenta, nunca produjo el deleite de un Amadís de Gaula ni de un Tirant lo Blanc, tanto por

vetusta como ajena, por roma y sosa para quienes esperaban, de pluma tan osada, una epopeya bullente de castellanos genuinos desgarrando el telón de medio mundo, con la cual el Fernández de Oviedo, de no tener comprometida péndola y aliento en redactar el «Cathalogo Real de Castilla» y su «Historia Natural de las Indias», habría compuesto la más grande odisea, iluminada con las hazañas y atrevimientos de titanes castellanos de caras conocidas y nombre de compañeros, los del nervio y ánimo más certero, de aquellos con quienes compartimos anhelos, angurias y penurias; porque aquí, entre vencedores y vencidos, no escasearon Ulises ni Eneas, ni Héctores ni Aquiles, ni faltaron Helenas ni Lavinias reclamando un Virgilio o un Homero que hiciere resonar por siglos los heroísmos y miserias propios destas gestas; porque nunca nación alguna en tan pocos años se ha sobrado tanto en materia para perdurar en una obra magna que, por demás, harta falta nos hace de faro y escollera, en especial para quienes insisten en seguir falseando tintas en torcidas interpretaciones tonsuradas, en actas de amanuenses amañando las acciones de sus amos, en relaciones de lisonja a distancia y en miríadas de memoriales de acusaciones y descargos, todo por la paga o por la saña, arrumes de legajos y cuartillas que entierran la trascendencia del suceso, que asfixian y menguan la persona, y desmoronan los empeños, eclipsadas las verdaderas valentías bajo la polilla de tanta anchura de acomodo y de regalo.

Vuelto el mensajero que llevó en envoltorio sus cuartillas a la isla Hispañola, don Gonzalo supo que este esfuerzo también había llegado tarde, porque hacía dos años habían encontrado tieso al cronista De Oviedo en su mesa de trabajo. Y sin más por averiguar que el nombre del fraile que recogió sus escritos, sin siquiera soltar un suspiro, Ximénez de Quesada se dio de inmediato a ordenar lo que más le bullía por asentar; y se espoleaba día y noche porfiando que ya ni el asma lo pararía de redactar lo más obligante, que las demás notas ahí me las dejaba y «habré yo de aguantar la vida para veros secar la tinta desto, como para cumplir mi mayor anhelo, así sea en la hora de mi ocaso, en vislumbrar al menos los destellos de El Dorado».

Siendo que el mariscal Ximénez de Quezada, la mestiza Mencía de Collantes y yo, Francisco Martín, el aindiado, coincidimos en narrar a un tiempo, y en veces sobre la misma tabla, lo que a cada quién le acaeció y husmeó en este Nuevo Reino de Granada, hemos puesto de sal y pimienta al intercambio de memorias, testimonios y documentos, y nos dimos coba con apodar nuestras cuartillas como «Los tres ratos de Suesca». Confinados en el olvido los Ratos de don Gonzalo y postergados los de Mencía por querer pulir en demasía sus plumadas, no entregaré los míos a la tijera del imprimátur ni al azar de las sa-

jaduras y vapuleos exigidos por la imprenta —ni siquiera a la recién fundada en la Nueva España— porque toda prensa estruja y sangra las verdades; tan solo enderezaré dos manuscritos a donde deben ir: Uno a la Hermandad de la Ciencia Nueva, en Castilla, donde le hallarán harta sustancia; y el otro para mis deudos y apegados, para que de su repaso con indulgencia, sin apremio y en voz alta, alguno dellos pueda aprovechar uno que otro colofón destas enormes empresas de conquista, desdibujadas en la distancia y olvidadas por la desidia, para que dentre el eco de tanta fatiga de los dominadores y el dolor de los subyugados, les lleve a comprender la razón de ser este Nuevo Mundo tan ancho como para caber todos en él, los de Guata, los de nuestras Españas y además los extranjeros, sin necesidad de subyugar ni de matarnos.

Donde puse el ñudo a mi anterior relato sobre la década de andanzas bajo el pendón alemán, dejo también el cabo desta expedición acaudillada por el letrado De Quesada, para juntar los cordajes como los retorció el destino, como nos encaminó la ventura por derrotas diferentes a la misma conquista de la Tierra Adentro de Guata.

Cierro este mamotreto de cuartillas, al final del año mil quinientos sesenta del nacimiento de nuestro Redentor, aquejada ya mi espalda y con la visión algo nublada, porque lo que no pudieron mellar tantos padecimientos y esfuerzos, me lo están cobrando las añadas y la morriña en mi recogimiento en Güita, reducto ceñido por una enorme garganta de rocas tajadas en la parcialidad de Suesca, poblazón de indios ollereros y lindero por el norte de la enorme planicie que fuera señorío de los zipas de Muequetá, donde don Gonzalo creyó encontrar feudo para sus espejismos y entelequias, para poder echar al viento sus quimeras atadas en los vergeles del antiguo reino nazarí, al que por ellas, le encajó el nombre de Nuevo Reino de Granada.

Signo con mi rúbrica, yo Francisco Martín, peón de la conquista de Guata. Y sello con la cruz, en señal de juramento de no haber alterado la razón que me dicta la memoria.





## LIBRO PRIMO

todo lo cual supe de pilotos y personas que habían navegado y peregrinado por todas aquellas partes, y habían puesto por escrito todas las cosas que en ellas vieron... y yo mismo haré de las Indias Occidentales, agora nuevamente descubiertas, en muchas de las cuales yo tengo estado; porque con la mediana noticia que yo dellas pudiere dejar puedan los que después de mí vinieren hacer su geografía mucho mayor y con más precisión.

De ALONSO DE SANTA CRUZ, en su Libro de las longitudes y del arte de navegar (1555)



# Capítulo I:

## DE LAS MOÑAS Y CARANTOÑAS

### POR GRANADA

Cuando don Gonzalo abordó la nave en que tornarí­a de Calamarí a Málaga, no supo qué le agobiaba más: Si el sofoco por la casaca de doble fondo repleto con cientos de esmeraldas, o la tiritona de tanta mirada sesgada sobre sus baúles atestados con lo que le cupo de su escote del botín —que a primera ojeada se pulsaban más henchidos de oro y gemas verdes que los tres arcones de la real quintada—, o acaso por la agrura de los pleitos y pendencies que le esperaban en Castilla, o del silicio de las pugn­as que dejaba en desamparo a sus espaldas, a medio remendar y en medio de la nada, en aquel su Nuevo Reino de Granada, provincia aún por domar que opinaba ser su verdadera y única esposa por haberla sujetado antes que otros pretendientes, que también harto la deseaban.

Volvía vencedor y opulento, tanto que nadie podría aspirar a más en un lustro de andar descubriendo y conquistando las entrañas deste Mundo Nuevo, y muy por dentro relamía el regodeo de su riqueza, aunque sin dejar asomar a la cara ese gozo con que solo enconos se ganan. Y como éxito y fortuna sin disfrute no son más que apretaduras de codicia propia por avaricias ajenas, en vez de abrigar contentamientos, se sumía en la vigilia de cómo escudar sus tesoros, aunque en lo oscuro no brillaran, a la par que se enfundaba en desazones por la apetecía del incienso de la fama.

Por ello, cuando las velas cesaron su aleteo e hincharon sus enormes panzas, en vez de complacerse con imaginar al otro lado de la mar las caras sonrientes que le colmarían de elogios y festejos, de súbito, tal vez por hacer de ello veinte años justos, le embistió el recuerdo de haber abrazado por última vez en el atracadero de Sanlúcar de Barrameda a su bienquisto amigo y algo pariente Gaspar de Quesada, mientras el aparato de artillería llamaba a la partida. Despedida de

estrujón, sin palabras, por la euforia de Gaspar ir de capitán de La Concepción a dar la primera vuelta al mundo con la armada del portugués Fernao de Magallanes, y Gonzalo con un nudo en el cogote trancándole el corazón que se le salía a seguirlo por la mar a lo más remoto del Oriente; estrujón a las volandas, sin ninguno presentir que el gallardo compinche se embarcaba al encuentro con la muerte que le esperó por siete meses en los heladeros de la Patagonia, donde, por sublevado, estiró la pata en agonía y dejó su cabeza ensartada en un palo de marca, luego que el De Magallanes obligara al propio escudero de don Gaspar a que de un tajo le cortara el grito de «¡No os atreváis rajado cobarde! que bien sabéis que estoy aquí en misión cifrada por mando expreso del emperador», según dijeron los más afectos, aunque las actas oficiales negaran haberle sacado la vida los contrarios, sino haberlo abandonado en los fríos pedregales, como le dejaron —ya descabezado— junto al cura Pedro Sánchez de Reina, otro de los insurrectos con quien les tembló la vacilación para no desafiar la protección de la Divina Providencia, «a que se les hiele esa caliente sangre de Castilla que tanto aborrece a los portugueses», porque tomaron esa razón, que no la verdadera de don Fernao haber sustituido los cuatro capitanes castellanos de las cuatro naves de la armada, cuando le requirieron que los llevaba en sordina, siguiéndole sin saber si los enrumbaba por donde conjeturaban los cosmógrafos, o iban extraviados y en vía de morir por hambre; porque varias veces le rogaron, pero el general lusitano pensaba que pregonar el derrotero era entregar la gloria de su hazaña a quienes nunca alcanzarían a llegarle a las rodillas; y, por último, siendo que la expedición navegaba a costas de las arcas de Castilla, le demandaron mesa redonda, aprovechando un almuerzo al que los invitó después de asistir a misa en la playa que llamaron de San Julián. Más como nada lo sacara de su mutismo, luego del rezo y la merienda organizaron una conjura en su contra, y por la noche, metidos en barcas amparadas por las brumas, asaltaron La San Antonio, la capitana. Puesto a la cabeza, el mismo Gaspar despachó de seis cuchilladas al contraamaestre Juan de Elorriaga y al día siguiente envió a decirle a Magallanes que «Vuestra Señoría ya no manda sobre esta ni en todas las demás, pues yo, Gaspar de Quesada, por deseo del común soy comandante general», al tiempo que por carta le planteaba, más en tono de súplica que de alzado, que «llevamos cinco meses de penar las gentes y descuadernarse las naves, sin nada saber de estar a mitad o a final de la travesía, con la única certeza de ver cerca el término de nuestras vidas. No propendemos desconocer vuestro gobierno sino volver todos a la cordura, que de acceder a nuestra demanda os obedeceremos con sumisión y os besaremos pies y manos». En tanto, el piloto lusitano Gomes de Espinosa, escurridizo y fuerte como una constrictora, puso una celada

a Luis de Mendoza, tesorero de la armada y capitán de La Victoria, y lo cruzó a cuchilladas y aún tibio lo entregó al general De Magallanes a que lo hiciera descuartizar para escarmiento, mientras los leales iban ganando en enrollada a quienes seguían esperando contestación a su demanda. Cercados, los remacharon en prisiones y sin más juicio que leerles la sentencia, ajusticiaron al contable Antonio de Coca, veedor de la flota, y a Juan de Cartagena, capitán de La San Antonio, nave que tomó el piloto Juan Serrano con su tripulación, después que La Victoria terminara hecha astillas contra los escollos donde la aguja de marear desatinaba por estar ya tan cerca del polo, y en aquella volvieron a Sevilla, de donde volaron las noticias a fustigar al joven Gonzalo Ximénez, quien, con la pesadumbre por la suerte del amigo de tantos afectos y sueños compartidos, decidió sucederle en el tejemaneje de las misiones secretas de su Majestad y, en pocos días, valido del señor de Villagarcía, don Luis Méndez de Quijada, consiguió estribo para enrolarse en la caballería que juntaba don Juan de Urbina, la más briosa y artera que galopó en Europa, para ir a apretar por Génova, donde comenzó a alternar el meneo de la pluma con la espada, trajines que hasta el sol de hoy nunca le han dejado quietos los sesos ni las manos.

Para sacudirse de aquellos rescoldos y cenizas, sobre los vientos que hacían crujir los mástiles echó a volar por la mar de los caribes los primeros recuerdos gratos de Granada, los de cuando por el Padre haber sido nombrado procurador en la Real Audiencia, siendo aún muy niño llegó de la Córdoba natal con la familia y sus primeras entretenciones fueron husmear en la atiborrada biblioteca de su progenitor, el docto licenciado de su mismo nombre y apelativo, quien por cinco años estuvo ilustrándose en la universidad de Salamanca gracias a la generosa dote aflojada por el suegro, el acomodado tintorero cordobés Gonzalo de Chillón, aunque los vecinos dijeran que dote no hacía falta porque la novia, Isabel Rivera de Quesada, su madre, aportó de sobra tanto en virtud como en lindeza.

Embelesado con el graznido de las últimas gaviotas creyó escuchar las vocecillas infantiles de sus hermanas, Andrea y Magdalena, entremezcladas con la risas de castañuela de la madre; añoranza que, sin saber a cuenta de qué, lo llevaron al diciembre aquel cuando comenzaba a tener uso de razón y entró en la ciudad un desfile luctuoso trasegando los restos sin embalsamar, apenas amortajados con un sayal franciscano, de doña Isabel, la Madre de las Españas, la soberana que encendió la persecución de moriscos y judíos aupada por un edicto de su esposo Fernando, también ensalzado como El Católico no obstante su prosapia semita por línea materna, que por lavarla no dudaron entrambos en avivar al Santo Oficio a dar constricción a quienes fueran el mayor soporte

de su hacienda, inquisición que desde entonces no ha sido corta ni perezosa en descargar denuncias de mucha cerrazón y poca luz, no solo sobre los circuncisos, sino hasta en los no rebanados descendientes de viejos conversos, dentre quienes no excluyeron de sospechas y averiguación a los De Quezada, Ximénez, Pérez y Soria, su más cercana parentela cordobesa tanto paterna como materna.

Y con deshilvanar aquellas opresiones le afloró el hilo gordo y desteñado que creía tener casi borrado, que con apenas rozarlo lo llevó a recordar la escena que presenciara, siendo impúber, en la empedrada plaza de Bibarranbla, la rodeada de palacios moros donde su padre ejercía de juez de moriscos, la de cuando ardían en la hoguera del Santo Oficio cuantos manuscritos árabes fueron declarados siniestros o escandalosos, que tan solo trescientos tratados de medicina, ciencias y filosofía fueron salvados por el cardenal Ximénez de Cisneros y llevados a la biblioteca de la universidad fundada en Alcalá de Henares por el mismo purpurado descendiente de conversos y a la sazón confesor de la Reina, e inquisidor general en Castilla y Aragón; día en que le quedó marcada, con cicatriz indeleble, la pérdida de su inocencia por haber presenciado que la ferocidad de un Acto de Fe, que debía cebarse solo en los herejes, también se ensañaba con las letras y, entonces, comprendió que los libros también tenían alma.

La estrategia concebida por la soberana de Castilla para unificar los reinos de la Hispania, a la que se dio luego de su alianza matrimonial con el Monarca de Aragón, fue la de liberar de moros todos los solares donde, después habérsenos entrado por las armas, se asentaron durante más de siete siglos con la magia de sus ciencias y la maña en los oficios, con la suavidad de sus artes y la tentación de las pieles agarenas. Y aunque nadie podrá decir que las diferencias religiosas fueran su motivo para invadirnos, ni el nuestro para echarlos, el caso es que fue suficiente razón y sobre ello asentó doña Isabel su determinación con que, a más de ganarse el título de La Católica, o Universal, en verdad se hizo grande en todo el mundo cristiano. Más como esta reconquista demandaba ingentes recursos de que no disponía su hacienda real, sabiendo cuánto reposaba en las manos sefardíes, más dadas a las recaudaciones y a dominar con el agio que a ponerle el pecho a los contrarios, Nuestras Majestades primero les exigieron contribución en moneda sonante y después, para no retribuirles los empréstitos, resolvieron también expatriarlos aduciendo que solo podrían mantener la ligazón de sus dominios bajo una única fe irrecusable, la Católica Romana, para lo cual sus cabezas asumían lo del dominio temporal, dejando

al solio romano lo del ámbito espiritual. Y comenzaron la limpieza por casa, llevando moros y judíos, por temor o por fuerza, a la pila bautismal para, luego de acristianados, mantenerlos dentro del redil como marcados por el fierro del signo de la cruz, para lo cual dictaminaron penas judiciales sobre veintiocho delitos visibles solo con el espejo de la fe, inaveriguables e imposibles de probar a no ser con delación o confesión bajo tortura, transgresiones que van desde figuraciones de resabios de herejías, o supuestas maldiciones e invocaciones a demonios en ensalmos y brujerías, en quiromancias y astrologías judaicas, hasta los desapegos surtidos, desde el mero menosprecio a las campanas y a las cédulas de excomunión, hasta los actos de magistrados que en algo pudiesen restringir la jurisdicción inquisitorial, como entrar a disputar y defender casos atascados o, incluso, alguna velada compasión con acusados de renegación o descreimiento. Y así quedó entronizado y atizado en las Españas un Oficio Santo, una cirugía de extirpar apostasías de israelitas bautizados, que, sin dejar de lado la asepsia de quemar sospechosos de judaizar, también se dio a estrujar moriscos, o islamitas acristianados, y a expatriar judíos y moros para confiscarles sus posesiones; Santo Oficio que hoy también se aplica a descogollar los brotes de la apostasía de los cristianos protestantes y, aunque nunca ha tocado a indio alguno por sus idolatrías, acosa a los ilustrados que piden alguna dispensa para dejarles en paz con sus demonios y creencias, sin confiscarles sus posesiones y pertenencias.

Y con los Reyes Católicos haber dividido a sus vasallos entre los que, en el día del Juicio Final, estarán a la diestra de Dios Padre y las demás razas malditas, no solo los «familiares» del Oficio, los golillados de estado, los furibundos predicadores tonsurados y los jinetes desprovistos de «causas sacras», sino cualquier carnicero o un simple amansapotrospreciado de cristiano viejo, recela de los reconciliados y hasta de los nietos de sus nietos, que ya vienen siendo mayoría en varios reinos, y los reputa de convertidos en apariencia, de solo en la envoltura para salvar el pellejo, porque, en el fondo, bien fácil se les destuerce el bautismo y la endeblez de la convicción forzada, y a escondidas siguen judaizando, afirmados en sus tradiciones y usanzas, más cuando se juntan con mosaicos apegados a las sinagogas, como aquellos que salvaron sus cueros y creencias por haber soltado que tenían suficiente fortuna para costearle a doña Isabel la reconquista del reino nazarí de Granada, la empresa más importante de la cristiandad occidental que aconteció al tiempo con el descubrimiento de las Indias; judaicos que, por los años del nacimiento de los conquistadores viejos, también le apostaban a enjugarle a don Fernando las guerras de ensanchar sus fronteras de Aragón; y así, mientras los Monarcas avasallaban y conquis-

taban con su ayuda, ellos lo perdían todo, familia, hacienda, oficio, nombre y apellidos; y también la patria en un nuevo éxodo, como de remache a su atávica maldición.

A Gonzalo Ximénez le tocó crecer en la cruda de las persecuciones a los moriscos de Granada, viendo cómo se fracturaban las gentes entre denunciantes y denunciados, en jaurías de abusadores depredando manadas de acorralados, sin que faltara la turba de prepucio entero capando a los circuncidados. Para un ánimo tosca, aquella era la forma como la alineación de los astros marcaba el albur de cada quién; pero un espíritu sensible, como el del primogénito de los Ximénez, no podía admitirla como voluntad del Creador Universal, sino como venganza de los jerarcas ensañada en los morunos y, por ello, sentía como suyo desde el lloriqueo de los niños por no poder salir a la calle y el abatimiento de las jóvenes por no volver a lucir su gracia y salero en los festejos, porque si de joyas no les quedaba sino el recuerdo, el roce de las sedas finas no lo volverían a sentir ni siquiera de mortaja, hasta el ahogado rencor de los hombres por no permitírseles montar los al-azanes en que llegaron a la Iberia, vedados también de siquiera ostentar las armas de evocar las bizarrías que ya se les borraban, porque sus manos no empuñaban más que azadas de enterrar un pasado lleno de victorias, sobrado sobremanera en tantas hazañas más heroicas de cuantas dejaron inflados a los godos; sin más raigambre que seguir llamándoles «naturales» a los moros de este reino, otrora los más orgullosos, desde cuando san Cecilio, el fundador de la Iliberis que con el tiempo se convirtió en Granada, escribía en árabe y no en el latín romano que ahora se impone como único idioma del saber cristiano, al igual que corre entre humanistas y letrados para poder entenderse en esta sopa de Babel que constriñe a no salir de la parcela; latín que mantendrá la ignorancia del vulgo en tanto no se escriba en el habla del vulgo, latín que solo servirá a los clérigos de mula fina para llevar el credo a las Indias, porque los frailes y curas que montan a horcajadas en borricos, de latinajos no entienden más que amén.

Si los conversos aparentan ser más cristianos que el mismo papa es por pavor, para soplar la más nimia pelusa de reconciliación con su antiguo credo. Y no solo ingresan en las órdenes religiosas, sino que se ponen a la cabeza dellas, como tantos nombres conocidos, dentre los que me basto con citar a los más celebrados que ya están muertos: a Juan de Torquemada, que siendo cardenal siguió velando por los judíos; al dominico Tomás de Torquemada, el fosco inquisidor general que los hizo arder por millares, hasta que el mismo Vaticano le impuso moderación; a Salomón Levis, que se hizo llamar Pablo de Santa María



y llegó a ser obispo de Cartagena; al jerarca de Burgos, Luis de Santángel, confesor de doña Isabel y protector de Colón; y al arzobispo de Sevilla, Diego de Deza, líder dominante de la jauría de los *dominus canis*, o «canes del Señor», que es en como Castilla llaman a los dominicos.

Las mujeres de familias conversas poco se allanan a entrar en los conventos, a que las tomen de criadas de las señoras católicas que, sin vocación alguna, se encierran tras los muros, sea por falta de dote para bien casarse o por haber quedado viudas, las más por inclinadas a las molicies lésbicas o para esconder señales indiscretas de virtud perdida, por concriptas por adulterio en flagrancia o, incluso, para sus familiares poderles robar las herencias. Por ello, son las conversas quienes más engrosan los grupos de beatas que ostentan vida de religiosas sin pertenecer a orden alguna, devotas de comunión diaria en misa de gallos, de arrodillada con los brazos en cruz para mortificaciones matutinas, de trisagios y adoraciones por las tardes y rosarios de avemarías en las noches hasta caer dormidas, para que la gazmoñería les cauterice las pasiones de la carne y les cierre el resquicio del recreo de infidelidades por pensamiento; las solteras para alejarse de acechanzas masculinas y las casadas por liberarse del yugo diario de atender y complacer al marido, porque a las beatas nadie les impone que mezclen los gustillos del cuerpo con el servicio al Señor. Y aunque no es común, no falta entre los laicos conversos quienes se precien de profesar votos de castidad tomados por empuje propio que, si bien algunos solo los cumplen a la luz y de puertas para fuera, algotros los guardan a rajatabla —como en una ocasión me aludió practicarlos el mariscal Ximénez de Quesada—, así estos varones no se sublimen como las beatas ni se vanaglorien de una abstinencia que les puede acarrear sospechas.

En este postín de puritanismos, mojigaterías y manifestaciones postizas, nutrió don Gonzalo desde niño su declarado fervor cristiano, aunque no dejaron de rondarle, como destellos subterráneos, unos signos casi imperceptibles que le flotaban cuando estaba entre la parentela, bien fuese por la forma del padre partir el pan o de un tío hacer la venia de saludo sin casi doblar el espinazo, o por como las mujeres se ajustan la mantilla y bajan la mirada, por los mayores valerse más de antiguos proverbios que de refranes populares o citar más los Salmos que los versículos del Nuevo Testamento y arrojarse con las viejas pavanillas sefardíes en vez de con los tamborileos de la morería o las tonadas de trovadores y juglares. Estas leves solturas, ingobernables por involuntarias, que atrapaba con susceptibilidad atribulada, como de extranjero acosado estando en solar propio, para él fueron las marcas inquietantes de «quien nació gorrión siempre volará al abrírsele la jaula» y entonces volvía a preguntarse, hilando

del modo con que solía embrollarle su admirado poeta De Saavedra, también cordobés, «¿Por qué el amo le pega al perro que le ladra al gato que caza la rata que se come el queso del mismo patrón? y ¿Por qué el perro odia el garrote en vez de al dueño que lo golpea con el palo?». Y entonces, para reforzar sus convicciones, invocaba la gracia de la Virgen Madre de Dios, de cuyo manto nunca se zafaba.

Igual le inquietaba lo que oía acerca de los fallos su bienamado padre, los de impartir justicia a los moriscos acusados de desviarse de las obligaciones que les resultaron de haberlos bautizando por fuerza y en masa desde el inicio del siglo; procesos que comenzaban por simples sospechas y terminaban con la confiscación de todos los bienes, pocos o muchos, salvo raras veces en que lograban indulto para, en un término de gracia de no más de cincuenta días, confesar los delitos y resbalones de herejía, cometidos o no, y así reducir la imposición de penas pecuniarias. En veces el Padre regresaba al hogar con una cabra o algunos cachivaches, tomados de las multas en pago por sus honorarios, para ir a estorbar en el patio más nunca en la conciencia. Con alguna frecuencia embutía en su biblioteca crónicas de cruzados y novelas de caballería, habidas en las almonedas del despojo a los moros condenados por la Inquisición, escritos que aquellos coleccionaban y los cristianos poco leían por resultar siempre vencidos por ellos. Igual atesoraba compendios crípticos entregados por los dolientes en busca de indulgencia, pidiéndole que los leyese para que conociere que no iban contra la salud espiritual y que poseerlos a nadie tendría por qué agregarle más leña en su fuego eterno.

Gonzalillo mamó la leche de su nodriza agarena y se adormecía en la tibieza de su escote, al arrullo de sus nanas. Se crió en linde y trato con los moros de Granada y dellos aprendió su lengua y escritura. Por ser de condición curiosa y mente despejada, sin cerrazones ni lagunas, desde imberbe se dio a calzar lo que más podía de las costumbres y prácticas del islam en las morerías donde los encosaron a vivir segregados, aparentando estar acristianados, aunque seguían en sus ceremoniales, con discreción, más no en secreto, hasta el día de la expulsión. Así supo cómo guardaban su Alaghet Asçagher durante los tres días de caridad y limosna a los más pobres, y el Ahetelquivir, la fiesta grande con inmolación de carnero en conmemoración del sacrificio de Abraham, y la Lalaçora, o décimo día de la luna dedicado a honrar a sus profetas, entre ellos a Iça, o sea Jesús, nacido del vientre virginal de la çayda Maryam; y estuvo al tanto de que el día de la Ateucia, tres meses más tarde, se daban a circuncidar sus críos y a acreditarles un nombre musulmán con que los llamarían en familia.

Advirtió cómo allí se encubrían los monafiques, o penitentes fingidos, porque como el islam no les obliga al martirio, aunque signifique entrega a la voluntad de Dios, teniendo su ley en el corazón pueden aparentar otra externa, y si los intimaban a injuriar al Profeta, pronuncian su nombre bajo la forma de Hamed pensando en el judío llamado Mohammad o en Satán, razón por la que, una vez descubiertos estos esguinces, los cristianos quemaron muchos despojos de los moros que habían sido enterrados en el cementerio católico, considerando que bajo la mascarada de ser conversos seguían aferrados a la taqiyya de ignorar en espíritu las creencias con que tanto les habían catequizado.

Y por andar suelto en este ocio, al mismo tiempo se aficionó a espiar a los pesquisidores encubiertos que, acaso enviados por su padre, andaban vigilando hasta el más mínimo respiro morisco: Si cavaban profundas las tumbas para no quedar cubiertos por tierra consagrada y si en ellas metían calabazas de agua y canastas con pan y albaricoques secos; si alguna unión marital no había recibido bendición nupcial; si alguno canturreaba en su lengua árabe que «la iracunda doña Isabel / por siempre penará en el averno / entre muelas de molino / que eternamente le trituran la cabeza / por la dolama que su Inquisición / nos ha hecho a moros y judíos»; o por ver si algún moruno acomodado compraba jóvenes bereberes cautivos por los De Lugo o de los traídos de Argel, era por evitar que los cristianos los forzaren a abandonar el islamismo, o si la trata de estos efebos era para dormir con ellos, porque acaecía reputárseles esto con frecuencia desde los púlpitos granadinos para que quien tuviere hijo impúber sintiera temor, como aún lo sienten, de que los moros les abusen sus mozuelos. Espiaba a los que merodeaban a ver si alguien se cambiaba de camisa en viernes, o dormía desnudo, o si se había rapado la cabeza y nunca comía tocino; si persistían en su alguadoc, o ablución ritual de lavarse debajo de los brazos, por las partes vergonzosas y la cara antes de las oraciones del alba y al anochecer, o previo a las solturas del zalá de alzar los brazos y bajar la cabeza rezando el alanduley. Se solazaba en descubrir los infiltrados a vigilar las manifestaciones de sus fiestas y zambras, donde más mariposeaban las vestimentas femeninas y tras ellas los hombres con un sayo largo, como de bobo, y con su ridículo birrete a modo de sombrero; a los fisgones que metían nariz hasta en la forma de orinar los varones, que se bajan los calzones y se ponen como mujer, y luego se golpean las vergüenzas para que alguna gota de orina no les caiga en la ropa, ya que según el Corán dizque esta y otras suciedades les agrandan las penas en su infierno.

Con tanto fisgoneo a unos y otros, desde tierno adquirió esa pericia que tanto le valió después en sus cancillerías de hurgar en los desmandes de las

milicias de la Corona; le ejercitó en conocer las intenciones disimuladas, en leer el fondo de las tentativas y contenciones sin necesidad de mucho escarbar, ni de apretar con acoso y menos con tormento. Porque desde su infancia, nuestro Gonzalo percibió el mundo como una canasta atestada de gentes contrapuestas y de dispareja condición, tan apretadas las unas con las otras, que el codazo de alguna levantaba en las demás una onda de estrujones. Ya en la mocedad comprendió que el destino de los reinos hispanos era vivir en eternas luchas fratricidas, por los cristianos querer ostentar brillos y faustos, trabajar poco y vivir del saco de las guerras con todos los vecinos; mientras los judíos, degradados de grey escogida y sin fronteras a ralea deicida sin patria propia, impasibles, como orugas en claroscuro, amparadas en las tapicerías y cortinones de cualquier reino a especular en el comercio y a exprimir con el agio; en tanto los de Mahoma, por apegados a sus tradiciones, a su lengua y a sus ciencias, de salidos a galopar por las arenas, sueltos y valientes con las armas, quedaron ahora dedicados al arado de la tierra, como bueyes, y al asecho cual lobos en pradera ajena por una mascada para la manada.

En busca de entender tanta hostilidad y caínismo, el mozalbete se refugiaba en la librería de su padre y se sumía en la lectura de los doctores de las tres religiones, de las que tomó una obsesión por las profecías similar a la del almirante Colón, en especial por las de la venida del Anticristo en el final de los días; que, si no es porque el Padre lo obliga a dedicarse al estudio de las leyes como le correspondía en su condición de primogénito de un ilustre fiscalizador, termina seco del seso y en mayor ofuscación.

Para alejar estas y otras muchas obcecaciones y crueldades que marcaron su niñez y juventud, se apartó de los cordajes enrollados en cubierta a solazarse con los travesos tibios de la ventolera y, aferrado de un obenque mastelero, se regaló sobre la barandilla a perder la mirada en el horizonte de donde retrajo sus primeros jineteos de cabestro, las cabalgatas de paseo familiar en potros mauritanos y las prácticas de acometida en caballos rifeños desbocados por las llanuras de Granada, embestidas que tanto le placían a él y más a sus hermanos, incluso a Melchor, el segundo que con el tiempo se hizo clérigo, y a Jerónimo, el menor que siempre pasaba desapercibido. Revivió las lecciones de esgrima y las añagazas con picas y rejonas en la fortaleza de Santa Fe, la edificada por los Reyes Católicos en menos de cien días para confundir a los moros luego del incendio de sus tiendas de campaña, cuando los soberanos en persona ponían sitio al último enclave musulmán; justas en que trabó aquella cordialidad tan especial con Gaspar de Quesada y en las que sus hermanos Fernán y Francisco mostraron cuánto pintaban para conquistadores.

Las carocas del viento ensortijando sus guedejas le recordaron los bisbiseos del verano en los solares donde se mezclaban tersuras de geranios con fragancias de jazmines y aromas de cidros y limoneros, bajo cuya sombra aprendió a leer y hablar de corrido el árabe antes de los quince años, antes de atravesar Andalucía y llegar a las mismas crujías donde estudió su Padre, a cultivarse durante seis años en latín y en letras incultas, en filosofía y política, y por sobre todo, en jurisprudencia, con interés especial en el derecho de Castilla aplicado al gobierno de las colonias de ultramar y en las «Leyes de Toro» promulgadas durante la regencia de Juana la Loca.

Encordó aquellos tiempos mozos con los del regreso a Granada a ejercer de abogado, mientras su padre, por conseguirle un empleo en la cancillería le hacía rosca al caballero Luis Méndez de Quijada, o de Quezada, porque no poco se empastelaron gentilicios y patronímicos con las letras medidas por los moros y con el habla de los sefardíes, para quienes en Quezada, Quixada, Quijada o Quijano les vino a quedar el Quexada del comendador de la Alhambra por los albores del siglo XIV; tal como se le decía «quijote» o «quijada» a la armadura de cubrir el muslo, que en tiempos más lejanos se conoció por «quija», «cuixa» o «cuija», igual a como hasta no hace mucho en Castilla se llamara la grupa o parte superior de las ancas de las cabalgaduras; por lo que no faltaron ociosos ocurrentes que sacaran chacota a espaldas del Señor de Villagarcía con también llamarle «Quixote» o «Quijote», tanto por lo Quijano como por lo caballero; remoquete para no desairar a tan eminente jinete con el manido «Culo'efieirro» que usa la plebe amargada para deslucir los caballeros; «Quijote» que por igual se lo acomodaron a su valido, nuestro licenciado De Quezada, después de vuelto de las Indias a no dejar sus pleitos en sol ni en sombra y a recalentar las seseras noveleras con sus tantas alucinaciones de dorados y veneros de esmeraldas, de judíos errantes y apóstoles extraviados, de bestiarios fabulosos y soberbias amazonas.

Para muchos, dicho sea de paso, escarbar genealogías en la Hispania es cosa complicada, desabrida y de poca monta porque, en el gatuperio de las invasiones, levantamientos y represiones, cada quién cogió a conveniencia uno de los cuatro patronímicos de sus abuelos y redondeó su gentilicio según su deo y dialecto. Más nuestro letrado sí encuentra sustancia en ello, pues entre sus papeles sueltos tropecé con una anotación de un tal «Sancho Palomeque de Quezada: Descendiente de la infanta Palomela, agraciada con escudo de armas escueto de dos palomas azules sobre campo de plata. Siendo el dicho Sancho alcalde o gobernador de la villa de Quezada, dio batalla memorable contra la morería. Llamose uno de sus hijos Gonzalo Palomeque. Otro fue Pedro Díaz

Carrillo de Toledo, quien primero reemplazó su gentilicio por Señor De García y después lo renovó por De Quezada, y esto bien podría ajustarse como ascendiente del señor de Villagarcía y a mí me alcanzaría para compartir alguna tiña en esa trama de linajes».

Es posible que por ese trapicheo le llegue algo de mezcla de godo con toledano mozarabe al Quijote de Quijada y sin duda tanto retoque de apellidos fue por lija para algunas vetas sefardíes, a las que de tanto en tanto no falta quien le meta la uña hasta sacarle alguna astilla, como aquel genealogista afanado en desnudar nervios sensibles que, con tanta donosura, señalara en del escudo que algunos descendientes querían pasar como con cuatro nubes blancas, siendo que «... están puestas por sí cuatro Quixadas / de la color que en vano cree la gente / que parecen del cielo las moradas: /es de los caballeros propiamente / que en España llamar vemos Quixadas, / de los que con gran fama y maravilla / su antiguo y claro asiento es en Castilla», en clara alusión a las cuatro mandíbulas heráldicas que, desde los finales del siglo XIII, enlucían las armas del antedicho comendador de la Alhambra, don Alonso Díaz de Quixada, acercado por su patronímico con el mismísimo don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Y válgaseme añadir que este tan honroso título de Cid que envanece al paladín de la Hispania, es derivado del Sayyid con que los moros honraban a su más fuerte y valeroso señor, para antes de que me descamine por las grietas de lo mucho por contar, dejar señalado que no son «cuatro medias lunas sobre un cielo grana junto a sendos soles resplandecientes» las que aparecen en el escudo de armas concedido, en el año cuarenta y siete, por nuestro príncipe don Felipe a don Gonzalo Ximénez de Quezada, tal como lo asentara en acta el secretario de su Majestad, sino las cuatro quijas o quijadas de plata, como con no poca sorna se rumoró por los pasillos cortesanos para dejarle aleteando su rancio remoquete del «Quijote de Guata».

Y alguna otra razón habrá de tener, que no ha querido decirme o quizás la he olvidado, para guardar muy señalada una rara apostilla sobre otro Alonso Quijada, un monje con fama de loco por dado a componer versos con aspavientos y parrafadas sacadas de ficciones de caballeros andantes, que el vate atesoraba en su biblioteca de Esquivia, por las llanuras de La Mancha.

Y con este cañutazo pongo punto al batiburrillo de Sanchos con Palomelas, Palominos y Palomeques, de Quijotes, Quijanos o Quexadas, remotos campeadores armados de adargas y filosas marcadas con quijas o quijadas, para retraer las remembranzas a los días en que el joven licenciado volvía de Salamanca con un título de abogado bajo el brazo, cuando estaba siendo sepultado en

el monasterio franciscano de Granada el regente don Fernando de Aragón, abuelo materno del Primer Carlos de España, el nieto extranjero que hasta año y medio después llegó a pisar sus reinos heredados y a reconocer a su madre recluida en Tordesillas, a quien ya no recordaba por haber sido arrancado de sus brazos desde antes de llamársele La Loca por la perturbación celosa que dizque más se le destapó con la muerte del esposo, el Hermoso, a quien mejor debió distinguírsele como Felipe el Fastidioso. Y para bien decidir dónde asentarse, el impúber monarca se vio trasegando en una interminable peregrinación por varias ciudades desconocidas, cercado de aristócratas de Bruselas que, en vez de aproximaciones con los hispanos, despertaban hostilidades por doquier. En tanto, don Luis Méndez de Quijada, su consejero y mayordomo en nuestros reinos, abría los ojos aquí y corría para allá, sin que le alcanzaran los ánimos y empujes más que para esquivar y aflojar el abordaje de cuanta cofradía, corte, convento y ayuntamiento le halaba de la capa, sin que le dejaran un respiro para enganchar al joven licenciado en algún acomodo prometido a su padre. Así que nuestro Gonzalo tuvo que darse a la rebusca de pleitillos para estrenarse en los estrados, mientras aprovechaba cada minuto para sumirse en las letras que tanto le tentaban.

Pasados ya tantos años como van volando, dentro de la paz de sus baúles aún conserva las notas que apretó por aquellos años veinte, cuando ensayaba su pluma en sonoro castellano, porque el latín siempre lo más sintió propio de tonsurados y afectados. Mantiene aquellas cuadernas separadas, empolvadas con alumbre contra las polillas, selladas y rotuladas las unas como «De los Jofores» y otras como «Alguacías», en que las reunió numerosas predicciones de la literatura aljamiada, sin importarle que la Inquisición había penado la conservación de libros donde encontrara algo de herejía hasta con doscientos latigazos, más la confiscación de todos los bienes en caso de apostasía. Dentre las primeras examiné con detalle «La del Gran Turco llamado Mohammed el Osmán», prometiendo a su descendencia la conquista de Roma, Rodas, Venecia, Italia, Lombardía y todas las Españas, profecía que el novel escritor creía que Solimán podría dejarla cumplida. Memorice su traducción de una sentencia de Mahoma, de cuando peregrinaba por África y se puso a llorar, y preguntado por la causa dijo ser porque «había de venir el tiempo en que sus seguidores moros habrían de tomar la tierra a los cristianos y después vendría otro tiempo en que los cristianos la retomarían de los moros hasta que no quedarle sino Granada, que después también habrían de arrancarles, porque toda aquella heredad tendría que volver a los cristianos, quienes irían a darles tormento hasta sumirlos en

martirio de fuego. Y no llegaría el fin de sus penalidades hasta cuando en una isla florida el Señor permita nacer un niño cuyo padre será un hombre sordo y su madre una mujer ojizarca, que antes del dicho niño habrían de engendrar un hermano que nacería ya circuncidado», vaticinio rematado con una nota suya de alerta: «Reconquistada ya Granada andamos cerca de ver su cumplimiento y pido a Dios me ilumine dónde hallar la gran isla florecida, donde primero habré de buscar un sordo enyuntado con una de ojos celestes a quienes deberé avenir a que me muestren su hijo nacido retazado: cosa de tiento, porque ponen en escondrijo los que nacen así, si no es que los descabezan».

También conserva un legajo con las «Profecías tomadas del Pentateuco», que por ser tan conocidas no traigo a cuento. Asimismo, atesora otro bajo manojo el epígrafe de «Predicciones Cristianas», que comienza con la «Profecía de San Isidro y el Llanto de España», seguida de un «Augurio de san Isidoro de Sevilla», afirmando hace casi un milenio, que «En los últimos días reinará la Gran España un rey dotado de piedad. Y reinará por una mujer cuyo nombre empieza con Y, y termina con L. El dicho rey vendrá de las regiones orientales y reinará en su juventud. Combatirá en persona las impurezas de las Españas y lo que el fuego no devore, la espada lo devastará. Reinará sobre la casa de Agar y obtendrá Jerusalén. Pondrá el signo de la cruz sobre el Santo Sepulcro y será un gran monarca», vaticinio que admitía estarse cumpliendo y por ello le anotó al margen: «En mucho encaja aquí doña Ysabel y en poco don Fernando, aunque, en vez deste, yo atisbo al nieto dellos por nacido hacia el levante y reinar desde lampiño; podrían coincidir las hogueras del Santo Oficio, más no lo de los últimos días, a no ser los de la reina que murió cuando yo apenas era un crío».

Sin citar fuente ni autor, entre varios tachones y no pocas correcciones, pude leer: «El Encubierto vendrá a dar salvación a los cristianos y a destruir los agarenos, y el linaje de Agar comenzará a recibir su quebranto y mancilla. Se llama Austro y andará sobre madera. Es muy hermoso de talle, rubio y muy blanco, de buena palabra y verdadera, amador de la justicia y enemigo de los moros ¡Ah de sus hermosos ojos! y de su hermoso andar y ¡Ah de las manos limpias! de muchas rayas claras y rosadas ¡Ah los dedos de buen talle y buenas uñas! y de miembros muy compuesto y hermoso y en todo muy cumplido de virtudes que parece al rey David cuando era vivo». Esta podría parecer parrafada de algún impostor posando de exegeta para aludir a Felipe el Hermoso, más nunca a su hijo Carlos con quien la natura no fue generosa, ya que le dotó de enorme panza y quijada de rocín, y le hizo renquear por los dolores de la gota; y como don Gonzalo no ha querido destaparme si es traducción arcaica o la tomó de un incunable, ni en dónde ni de quién, no le encuentro más coyuntura



que el nombre «Austro» seravenido con Austria, u Oster-reich, la Ost-mark o Marca del Este trazada por Carlomagno para asegurar su imperio, donde mucho después Maximiliano asentó a su único hijo que, gracias al casorio de conveniencia con Juana la Loca, estableció el basamento del inmenso imperio de su hijo Carlos Quinto. En lo demás se parece a unos poemas y alabanzas salvados dentre aquellos que don Gonzalo, en sus años mozos, por ejercicio, armaba y luego quema ¡Y que me perdone el licenciado si le retuerzo algún alambre!

En no pocas veces las anclas de su fe se le enredaron en los alegatos y libelos del dominico Girolamo Savonarola, un monje perturbado que, por los años del Descubrimiento, alborotaba la feligresía de Florencia advirtiendo los signos claros de ruina total en la Iglesia romana, corroída por males de todo tipo, anuncio del advenimiento del Anticristo y del fin de los días, gritaba, sin que pudiera acallararlo la excomunióndel papa Borgia, ni la prisión, ni la horca antes de quemar su cadáver en la hoguera, porque perduró la tinta de sus sermones. Sermones que llevaron al licenciado a hurgar con tanto ahínco el Pentateuco y ahondar en el Apocalipsis, alfa de hebraicos y omega de levíticos, que en veces sentía como estar girándole el seso antes de entrar en raptos y embebecimientos. «Para quien está vivo, la eternidad es el momento —dejó asentado en la margen de una esquelá—, y para quien está muerto ya no importa el tiempo», asentimiento contrario a sus creencias.

Nunca le confió a su confesor las dudas que le entraron con los libelos heréticos de los anabaptistas recién aparecidos en el turbión de la Reforma, cuya lectura no esquivó por la soberbia de sus propias convicciones. Pero, entre más repulsa oponía, más se le incrustaba eso de que «el ánima es la vida y la vida es el tiempo, y cuando el hombre muere, este *espíritu* que mantiene vivo al hombre va a Dios, y la vida vuelve a la tierra y ya no conoce ni bien ni mal, sino que duerme hasta el día del Juicio en que nuestro Señor resucitará a todos». De ningún modo le resintió haber abrigado esta blasfemia, tenida entre las mayores, porque para él no era afirmación de ser mortal el alma individual, aunque lo sea el intelecto activo postulado en «La Destrucción de la destrucción» del musulmán aristotélico Aberrees, sino de entrar en un letargo que en nada contradice la doctrina cristiana del juicio final y de la resurrección a la vida espiritual, cuando la aparición del Anticristo abra la Nueva Era, bienaventurada para los justos y terrorífica para los alejados.

«La idea del Anticristo, o Encubierto, les vino a los cristianos de los hebraicos —me explicaba no hace mucho don Gonzalo—, a quienes no se les desvanece la espera del Ungido, o Mesías, no obstante los desengaños por tanto

enredador y que el Talmud declare malditos a quienes se dedican a calcular el fin de los tiempos. Con el descubrimiento destas tierras presagiadas —divagaba—, cuán cerca ven la llegada del Esperado a poner término al cautiverio de los hijos de Israel, a encumbrarlos a reinar ¡por fin! sobre pueblos y naciones».

—El último de los augures sefardíes fue Isaac Abramanel —me dictó despacio, para que asentara sus palabras sin errores—. Nació hace algo más de un siglo en Lisboa, de familia sevillana exiliada, y fue contrario a su abuelo Samuel, el garbanzo negro de la familia que, cuando llegó el apretón y las matanzas en las juderías de Portugal, pasó por la pila bautismal y tomó el nombre de Juan Sánchez de Sevilla. Isaac nunca cambió los nombres con que brilló su estirpe. De su propio bolsillo favoreció las empresas y aventuras de don Enrique el Navegante y les prestó millón y medio de maravedíes a los Reyes Católicos para lo de preparar la reconquista del reino nazarí de Granada. Tanto se ocupó con ellos en este asunto que llegó a intimar con la casa de los Mendoza, la principal de Castilla, cuya cabeza estaba en la del cardenal de Toledo, el llamado tercer rey de España, de quien obtuvo disimulo para en menos de dos años, de julio de mil cuatrocientos noventa y seis al febrero del noventa y ocho, escribir la mesiánica trilogía de «Las Salvaciones», sobre las promesas bíblicas al pueblo de Israel: «Fuentes de la Salvación», «Salvaciones del Ungido» y «Pregonero de Salvación», obras que ahondan en la interpretación de Daniel sobre el sueño de Nabucodonosor, ese en que vio surgir una estatua con cabeza de oro puro, de bronce del pecho al vientre, las piernas de fierro y los pies a partes entre de fierro y arcilla, y mientras el rey de Babilonia contemplaba la estatua amenazadora, sin intervención de mano alguna rodó una roca del monte hasta dar en el barro de los pies de la efigie, haciéndola caer a desmenuzarse y convertirse en una montaña que dominó toda la tierra; ensueño que Daniel juntó con sus visiones de cuatro fieras espantosas saliendo de la mar a devorarlo todo, para al final, dentre las nubes, aparecer alguien semejante al Hijo del Hombre que las sometió, y por ello se le dio gloria, poder y reino, y todas las naciones y pueblos y lenguas le servían. Así como Daniel dilucidó en cada parte de la estatua y en cada una de las bestias a las cuatro eras de la humanidad de acuerdo con los designios de Jehová, Abramanel reconoció los años que se estaban sucediendo como los del cuarto reino, el dividido y frágil de los pies, el mismo de la cuarta alimaña con dientes de fierro y diez cuernos, siendo el primer cacho la conquista del reino de Granada, y el segundo la entrada triunfal de los cruzados en Palestina, el tercero la ocupación de Constantinopla en el año mil cuatrocientos cincuenta y tres, y los siguientes los avances islámicos por los Balcanes y el merodeo por las costas itálicas y las tribus perdidas de Israel que

estaban apareciendo por África y por las Indias Orientales del preste Juan, no en estas de Colón, quedando el último cuerno para significar una batalla a darse en Jerusalén, la más sangrienta de la historia, el apocalipsis propiciado por la malignidad y corrupción del Papa. Después deste purificador baño de sangre vendría el Quinto Reino, el del fin de la diáspora con el advenimiento de su segundo mesías y el retorno de los judíos a reunirse en Palestina. Y era tanta la convicción de Isaac, que hasta llegó a pensar que el dicho mesías podría salir dentre su propia familia Abramanel, porque según sus cálculos la revelación se daría siete años después, en el tercero del siglo XVI; y llegado este, como no se vio señal alguna, la corrió para dos años más tarde. Poco después murió proscrito y con el desánimo que le produjeron sus desaciertos, no sin antes haber consignado en sus escritos dos nuevos cálculos: uno para el año treintaicuatro y otro para el cuarenta y dos, aplazamientos que ya nadie tomó en cuenta por el oprobio de las fechas fallidas, salvo don Gonzalo, creo yo, que las guardó grabadas en el corazón desde finales del treinta y tres, cuando puso pie en la nave de cruzar la mar Océana, porque por algo le latía en su interior que «antes de un año iba a topar alguna de las tribus perdidas de Israel y en menos de una década daría con la tierra prometida a los hijos justos de Dios», porque se sentía el predestinado para esta misión por ser el único capaz de aunar los tres sellos, el de Moisés, el de Jesús y el de Mahoma, los tres enviados del Dios Único a iluminar donde hubiere oscuridad y confusión. Predestinación que, después de habérsele relegado por un cuarto de siglo entre los bretes de la conquista, le ha vuelto a reverdecer en estos días por un clérigo venido de Guatemala haberle comentado que en Yucatán los ancianos hechiceros aseguran tener en secreto, aunque de siglos atrás estaba grabado sobre piedra, un vaticinio de sus ancestros sobre el término de su cuarta perennidad e inicio de un nuevo ciclo, después de que el mundo se reacomode en el cielo, cambio que estiman cerca, por haber regresado ya los maestros blancos a destruirles sus naciones.

«No es que los fanatismos desborden los conventos para cegar regentes e ilustrados —discurría don Gonzalo—, es que desde los orígenes Dios ha dejado conocer algunos de sus designios a unos pocos iluminados que, así sean de fe encontrada y seso diferente, han ido encajando conexiones, unas asombrosas, otras torcidas, y con el correr del tiempo estas interpretaciones se van ajustado entre ellas hasta decantar en una luz universal que, como el sol, por igual alumbrará para todos».

Y para mejor explicarse, me citaba cómo Colón en Portugal, influenciado por su correligionario Abramanel, se creyó designado para dar la batalla final en Jerusalén, porque el Almirante también juzgaba cerrada la cuarta era por él

haber topado el Paraíso y demás tierras escondidas, dejando así cumplidas las rancias profecías de Abdías e Isaías. Que no fue por mezquinad y avaricia que se obsesionó en sacar el oro que tanto parecía alucinarle, sino que, con esta riqueza concedida por mano divina, podría financiar la retoma apocalíptica que le propuso con insistencia a los Reyes Católicos, a Fernando de Aragón que siempre le tuvo por perturbado, y a la doña de Castilla que se sentía tocada del destino para poner el mundo entero bajo el cetro apostólico de Roma, para que la raza hebrea dejara de seguir soñando con la retoma de Palestina y esperando otro mesías. Porque así fue como lo expuso y rogó Colón a Los Católicos, pensando llegada ya la conjunción de los tiempos en que se cruzaban los designios, aunque viera estar apartándose las líneas de la fe en el Dios Único, que apartadas seguirían hasta tanto no viniera el Anticristo; y mientras tanto, para obviar estas divergencias, es que había ocultado cuna, nombre y religión, y se valía tanto de Los Católicos como de sus consejeros espirituales, falsos conversos.

Y una vez volteadas las cartas sobre la mesa con el descubrimiento, cada quién se dio a barajar el mazo a su manera: Colón asegurando ser islas lo que ya se conocía como continente cierto desde las cartas de Catay; y Fernando e Isabel sin más recurso que comprar cuanto antes las bulas papales que les escrituraban ese medio mundo, para no dejarse aventajar de los portugueses y florentinos, por el que varios ítalos y alemanes ya andaban alistándose a tonarse sus costas. «Este fue el verdadero motivo de los pleitos colombinos —me afirmó don Gonzalo—. Por ello, cada parte incumplía a la vez que demandaba cumplimiento de lo que con tanto cuidado habían capitulado». Y esta fue la causa —conjeturo— por la cual, en vez de Colombia, el Nuevo Mundo vino a llamarse América, sin que el Almirante que tenía capitulado de por vida su gobierno, ni las celosas Majestades bajo cuyo pendón se aderezó su descubrimiento, hubieren alzado una voz en contrario.

Con el mismo atolondre con que algún zoquete arguyó ser «imposible afirmar que el Nuevo Mundo es territorio de dioses falsos, puesto que ninguno lo es para quien le bate incienso», no pocos purpurados asentaron que «en lo recién descubierto campea a sus anchas el Demonio», repiqueo sofista que dio pie a que el confesor de doña Isabel, Luis de Santángel, afilando su agudeza acuñara que «Por cuanto Nuestro Señor Jesucristo nos ha permitido hacer el Descubrimiento bajo el signo de su cruz ondeando junto al pendón castellano en nuestras carabelas, a ninguna nación podrá caberle duda de habernos elegido Él para correr la oscuridad de las Indias Occidentales y entronizar allí su luz», simpleza de Perogrullo que sin embargo valió de sustento a la petición que

Nuestras Majestades venían concertando con el Papa, de otorgarles propiedad y dominio imperecedero sobre las tierras descubiertas, tanto para poder quitarle el hipo a los portugueses que aseguraban haber tocado antes las supuestas Indias por el nascente, como para desestimular a los demás reinos que se creían con capacidad e iguales derechos para tomar lo que toparen allende la mar Océana. Y bien que lo lograron, porque aquel nacido en nuestra Játiva como Borja y que en Roma se apellidara Borgia y que por entonces era reconocido como «Su Santidad Alejandro VI», firmó la bula Inter Caetera en que les concedía a perpetuidad todo cuanto, de polo a polo, resultara a cien millas al oeste de las Azores, porque de allí hacia el este tuvo que dejárselo a los lusitanos, a cambio de unos y otros quedar obligados, a su cargo y misión, a evangelizar las tierras descubiertas y por descubrir. Y valga señalar aquí que, si bien no faltaron quienes quisieran adueñarse de las mares, nunca reino alguno obtuvo título de propiedad sobre las aguas salobres.

Por más que doña Isabel y don Fernando, estrenando su título de Reyes Católicos concedido por aquel mismo Papa, le insistieran a sus súbditos en ultramar «que la más principal y derecha intención con que nos movemos a enviar a nuestras gentes a descubrir y pacificar y poblar estas tierras es para que los yndios y gentes de ellas sean convertidos a nuestra santa fe», ninguna armada destes tiempos, y menos las anteriores, ha salido de Castilla con espíritu de cruzada contra los infieles, sino a expandir el señorío y franquear las rutas de comercio, así para algunos signifique lo mismo y aseguren venir en tratos de «buena fe», para que se les acepte como en negocio espiritual, como en conquista de almas, y pongan oídos morronchos a quienes no ven cordura alguna en comprarle al Papa tierras que nunca fueron de él.

Si bien en todas las capitulaciones de exploración, desde la primera a la de hoy, se antepone el servicio de Dios al del rey, en realidad todas se han licenciado con seglares que garanticen los peculios para armar la partida de usufructuar la tierra ajena, que pasa a ser de la Corona con solo clavarle un estandarte y una cruz, así sea la empuñadura de la espada, sin más tributo que un quinto del botín arrancado a apropiados, los dueños naturales, para cuya fiscalización siempre han encajado un tesorero real, acompañado por otros veladores que ofician en mantener la jurisdicción civil y criminal y, acaso, algo reiterar en el buen trato que se debe, pero poco se da, a los indios como vasallos libres y señores originales. Veedores que nada pueden intervenir en el «principal y derecho», el de la fe, dejando todo dello en manos de dos órdenes religiosas, dominicos y franciscanos, que teniendo muy contados los curas idóneos para medírsele a tan enorme misión, se mueven a ordenar de clérigo al seglar que se deje rapar

la primera tonsura, la del tamaño de la hostia, así sea un soldado sin jerarquía alguna o incluso a mestizos de más raigambre y conocimiento de su cosmogonía india, con tal que aprendan algunas palabras en latín, porque si en el Viejo Mundo, donde la teología es comprensible solo para religiosos muy letrados, no importa que nada entiendan los bienaventurados preferidos de Jesús —los pobres de espíritu—, sino que los idólatras a convertir se sientan aplastados por el peso de palabras igual de misteriosas en latín que en castellano.

El descubrimiento fermentó por doquier un celo místico que fue creando ecos con los años. Quienes quedaron más imbuidos fueron los judaizantes, más si cabalistas, que en vez de ver lutos en aquella fecha en que Los Católicos los desterraron, la tomaron como advenimiento de su esperada reivindicación y a partir de entonces comenzaron a descifrar en las constelaciones los vaticinios de acabar sus tribulaciones. Así, el paso del cometa en mil quinientos veintiséis fue de mucha consternación para todos: Para los cristianos por parecerles señal de venir un gran castigo por la afrenta que le hicimos al papa Clemente durante el saco de Roma; para los moriscos fue presagio del derrumbe de la secta de Mahoma, que comenzó con el forzado bautismo masivo en Zaragoza; y para los sefardíes, preciados de ser los mejores intérpretes de las riendas del firmamento, fue anuncio de los prodigios esperados en las tierras del Magreb desde cuando se les perdía la memoria en el laberinto de los siglos. Y si no me atrevo a zarandear aquí de su afición por las cábalas, o qabbalah que en hebreo significa tradición, menos hurgaré en la Hermética ni en la Preceptiva de Pitágoras, por la primera pertenecer al ocultismo y la otra a la secrecía alquímica, asuntos en que mi pluma no escarba, ni el iniciado suelta palabra.

Si don Fernando mascaba pero no pasaba a Colón, Colombo o Columbus, no fue tanto por saber cuán veleidoso giraba en arrimarse a su trono y al de Portugal, por igual que al de Bretaña y al del estado Florentino, sino por tener averiguaciones ciertas de estar en avances con los judíos más pudientes, quienes a la hora de la verdad eran quienes poseían, y no él, el capital para soportar tal aventura; porque cuando don Cristóbal, o Cristoforo, más agitaba su proyecto ante Los Católicos, trascendió en la cámara de Aragón que la hermandad hebrea le estaba acopiando los recursos, en tanto unos marinos mallorquines le diseñaban las naves para unas rutas que ya tenía calculadas, lo cual apresuró por fuerza las capitulaciones de la travesía a nombre del muy cristiano reino de Castilla. Más como los sefarditas también le venían poniendo el hombro a las empobrecidas milicias del reino, el Monarca demostró tino y cordura para, de manera tan resuelta como cautelosa, darle largas al proyecto marino hasta tener

aseguradas las necesidades de sus guerras y, por ello, Colón hubo de aguantar su partida hasta tanto no terminare de echarle mano a sus fortunas antes de sacar los últimos hebraico de los reinos Hispánicos, sin siquiera los conversos tener manera de acompañar al aventurero no obstante la comunidad sefardí estarlo propiciado, como tampoco pueden ahora pasar de forma abierta a las Indias por habersele cerrado el paso a los «extranjeros», como desde entonces fueran los de la diáspora, subsistiendo como refugiados bastante más sujetos por las monarquías que los acogieron no tanto por su valer como personas, como por lo que pudieron salvar de sus riquezas.

Más como la entraña de un judío nunca ceja, con la perseverancia del goteo que horada la roca en el desierto, siguen apostando con sumo tacto a poner una cuña tras otra valiéndose de los conversos que pasan por viejos cristianos, incluso de los que demuestran ser marianos recalcitrantes, porque todos estos circuncisos son como los pollinos criados con trigo que, aunque después los hayan alimentado con zanahorias y sémola de avena, hasta la muerte estarán husmeando cómo refocilarse con su primera mies. Por ello nació la prohibición del paso a las Indias de quien reusare comer tocino, al tiempo que una normativa cerraba la salida de abogados y tinterillos, en consideración a que siempre buscan agrandar su tajada de los pleitos, a los que suelen agregar levaduras y fermentos; aunque más fuera por estratagema de los gobernadores, capitanes y demás autoridades de Ultramar, para quedar a toda soltura, sin rienda ni freno, alegando que en las conquistas debe predominar el fuero militar sin los enredos y telarañas desos pleitos interminables que solo tienen cabida donde hay civilidad. Más como tanta soltura propiciara el desenfreno y a la apertura de «sin ley ni rey», las troneras por donde se desaparecen los tesoros y ganancias, se precisó del acompañamiento de veedores que obraran de fiscales al tiempo que de juez con atribución de gradar las penas, sin mediar más defensor que algún analfabeta improvisado dentre los compinches y sin derecho alguno de apelación ante el inalcanzable Soberano; los unos vestidos como justicia mayor para, en cualquier momento, imponer la ley sobre cualesquier empinado funcionario o capitán general; los otros como Jueces de Residencia para, después de un período de tres o cuatro años, encarcelar, exprimir y deponer a un gobernante y sustituirlo por otro igual o más corrupto, con quien se vuelve a repetir el ciclo una y otra vez.

Esto era harina de otro costal para nuestro novel licenciado, porque, aunque mucho le bullían las habladurías de redivivos indios que volvían tan fatuos de adulaciones bizarras como jactanciosos del oro en sus talegas, en nada le tenta-

ban las campañas de ultramar, no tanto por sentirse excluido por jurisconsulto, ni por su gentilicio que aún olía a rancio sefardí, sino porque por entonces comenzaba su ejercicio profesional como abogado de la Real Audiencia de Granada a lado del Padre y con manera de hacerse a valiosos ratos para sus lecturas y escritos, acomodo que no cambiaría por la andanza en armas en el destierro de la conquista Indiana, de la que aún tenía abiertas las cicatrices en el alma por la desastrada muerte de su entrañable Gaspar de Quesada.